mundo, tan lleno para él de desengaños y de dolores, y casi á la vez los abrió el nuevo hijo de Adriana. La Condesa, que detestaba á Daniel, lo tenía ya todo dispuesto para la fuga; y así que Adriana pudo ponerse en camino, tomó con ella el de los Estados Unidos, que ya conocía por haber estado allí con su primer esposo.

VII

En una helada noche de invierno se oía gran ruido en uno de los más modestos hoteles de Londres.

Tenía lugar en él una comida de boda: el banquete nupcial de uno de los más ricos comerciantes de la City, con la hija de una viuda española, pero avecindada en la capital de Inglaterra desde hacía algunos años.

Serían las ocho: la boda se había celebrado á las siete en una capilla católica, y los contrayentes y convidados á la ceremonia habían ido á cambiar de traje para el banquete.

La mesa estaba puesta para treinta cubiertos, y adornada con buen gusto y sencillez: sobresalía en ella una gran limpieza, y se veían en el centro dos hermosos ramos de flores frescas y que aromaban dulcemente el comedor.

Este comedor no era el principal del hotel, ni siquiera uno de los varios grandes que en él había: era uno de los más pequeños. En el centro estaba la mesa de la boda; los cuatro ángulos estaban ocupados por otras mesas pequeñas.

Un camarero se ocupaba de los últimos detalles de la mesa del centro, cuando entró un caballero como de cuarenta años.

—¿Está ya todo, James?—le preguntó paseando una mirada por la mesa.

—Todo, M. Gordon—respondió el criado;—cuando quieran pueden venir.

—La mesa presenta un lindo golpe de vista, y me alegro, porque yo he sido quien ha recomendado este hotel á mis amigos.

—¿Es bonita la novia, M. Gordon?

—¡Encantadora!

—¿Rica?

—Muy pobre.

—¿Pues cómo se casa con un negociante tan rico?

—Porque ha sabido enamorarle.

—¡Era algo difícil el enamorar á M. Thomas Domery!—observó el camarero:—le conocemos en casa hace ya muchos años, y sabemos que pasa ya de cuarenta y ocho y que es bastante egoísta. ¿La novia es joven?

—No mucho: cuenta ya treinta años.

—Habrá llegado á esa edad sin casarse por el solo defecto de ser pobre, porque siendo bonita...

—¡Y muy buena, que vale más! No se ha casado, amigo James, porque no había amado verda-

deramente á nadie, y ella es incapaz de engañar á ningún hombre.

—¿No había amado á nadie hasta los treinta años? ¿Y es eso posible?

—Lo es, pues que ha sucedido.

—No había visto caso semejante.

—Ni yo tampoco, aunque cuento cerca de sesenta años; y si usted no lo ha visto en su helada y positivista Inglaterra, figúrese si lo habré visto yo en mi patria, donde hasta en el aire se respira el amor.

—¿Es usted español, según creo?

—Sí, amigo James, soy español, y aunque hijo de padre inglés, como indica mi apellido, andaluz, de la tierra donde el amor impera sobre todo. Fuí amigo del padre de Gabriela, y la conozco desde que era niña; su padre, médico joven y ya de buena reputación, murió y dejó sin recursos á su viuda y á su hija. Una hermana de su esposo las socorrió y dió á Gabriela una buena educación; pero muerta aquella caritativa señora, volvieron á quedarse en la miseria: yo lo supe desde aquí, donde estaba empleado en una empresa particular, y las llamé á mi lado; se colocó á Gabriela en una casa de comercio, donde ha ganado un sueldo modesto, pero que bastaba para su sostén y el de su madre, hasta que la vió el rico M. Domery; se enamoró de ella, la trató y resolvió hacerla su mujer.

—¡Pobre joven!

—¿Por qué?

—Porque es imposible que ame á Sir Thomas, que es vulgar y tosco.

—Pero es muy bueno, y eso es lo primero en un marido. Gabriela ha tenido pretendientes finos y elegantes, y, sin embargo, no ha querido á ninguno.

—Lo que es hoy, es día de gran entrada en esta casa—dijo James:—desde las seis se están sirviendo banquetes de boda y comidas particulares; ni una mesa sola hay vacante.

—Aquí veo cuatro; pero esas no se ocuparán.

—Mucha había de ser la precisión; pero acaso no habrá otro remedio.

—Guárdese usted de intentar siquiera el traer aquí á nadie—dijo amostazado M. Gordon;—¡estaría eso bueno, después que he pagado el comedor doble de su precio!

—Es que hoy este comedor nos hacía gran falta; nunca ha habido tanta gente.

En aquel instante se oyeron parar á la puerta del hotel los carruajes de la boda.

Los dos interlocutores corrieron á la ventana.

Un instante después entraron los ya esposos y su comitiva, y James se separó á un lado para contemplar á todos, con esa curiosidad á la vez impertinente y socarrona de todos los de su clase.

La comitiva en general no presentaba nada que llamase la atención; se conocía que las personas que la componían pertenecían á esa honrada clase algo más elevada que la del pueblo, pero que no

llega á la aristocracia y se queda en el término medio, que participa de todas las privaciones y del deseo de todos los goces: llevaba la novia un traje completamente á la española, compuesto de vestido de seda negro, bien cortado y bien hecho, y velo cuadrado de encaje; las ondas de esta mantilla cercaban su rostro dulce y melancólico, y acariciaban sus cabellos de un rubio obscuro y armonioso, como las cabelleras de las Vírgenes de Murillo, el más inspirado de nuestros pintores; sus ojos negros eran rasgados y hermosos; su boca y su nariz agraciadas, y en todo su semblante resaltaba la placidez y la gracia de la expresión.

La madre de esta simpática criatura vestía á la inglesa: llevaba un traje negro, un sombrero de castor, negro también; una manteleta de la tela del vestido y un cuello blanco; era una mujer de fisonomía serena é inteligente.

El novio, M. Domery, era el verdadero comerciante enriquecido, alegre, decidor, compuesto, limpio como un oro y risueño; cuando miraba á Gabriela, una expresión de beatitud se pintaba en su semblante: cualquiera hubiera dicho que no creía en la dicha de llamarla suya.

Los demás convidados eran todos insignificantes: esposas é hijas de otros comerciantes; dos lindas bordadoras amigas de Gabriela, y las madres respectivas de las mismas, componían la concurrencia.

—Amigo mío, debíamos habernos enfadado con

usted por habernos abandonado—dijo Gabriela; —el padrino no debía separarse de los novios.

—No creí que llegaríais tan pronto—repuso M. Gordon,—y vine á ver si estaba todo dispuesto; ea, á la mesa,—añadió al ver que James y otro camarero traían dos soperas humeantes.

Todos tomaron asiento, y empezaron á servirse, comenzando la comida.

Estaban apenas en la primera entrada, cuando apareció el dueño del hotel; acercóse á M. Gordon, sentado al lado de la novia, y quitándose el gorro de terciopelo azul obscuro que cubría sus plateados cabellos, le dijo:

—Caballero, quisiera, si con ello no molesto, pedir á usted un favor.

—¿Cuál?—respondió el padrino, volviéndose algo contrariado.

—Casi no me atrevo... Usted ha pedido y pagado este comedor sólo para ustedes...

—Ciertamente; ¿y qué?

—Ha llegado un viajero, enfermo, fatigado... Pide dónde sentarse y tomar alimento, y no hay dónde colocarle, á no ser aquí...

—¿Aquí? ¡ni pensarlo!

—¡Está enfermo... fatigado!— repitio Gabriela. —¡Mi querido M. Gordon, no se oponga usted á que entre!

—Pero, hija mía, entonces ¿para qué he pedido yo el comedor y he pagado todas las mesas?

—Es pobre y español... por eso me atrevo á mi

petición—dijo el fondista;—pero si ustedes no quieren, se le despedirá.

—¿Español?—dijo M. Domery, mirando tiernamente á su mujer;—¿español? compatriota tuyo, Gabriela; dígale usted que pase, y que participe de nuestro banquete de boda.

—Gracias por él, querido señor—dijo el fondista;—el pobre parece extenuado de fatiga: debe estar cansadísimo.

La comida quedó en suspenso; todos los convidados tenían los ojos fijos en la puerta, esperando la entrada del español.

Este apareció al fin: llevaba un traje negro de valor y elegante hechura, pero deteriorado y roto; una hermosa barba castaña, larga y ensortijada, guarnecía su semblante, cuya expresión era sombría; sus grandes ojos negros parecían cargados de fatiga, y sus cabellos, de un castaño obscuro, estaban enmarañados.

—Venga usted aquí, amigo—le dijo el vetusto y alegre novio, levantándose y alargándole la mano;—siéntese usted con nosotros.

El viajero se inclinó, y respondió con acento frío y altivo y en buen inglés:

—Mil gracias, caballero; no tengo el honor de conocer á usted.

—¿No es usted español?

—Sí, señor.

—Pues basta para que deseemos que coma usted con nosotros.

—Le repito mil gracias, caballero; permítame usted no aceptar.

—¿Y por qué?

—Estoy enfermo y fatigado; mi comida será muy breve, y me retiraré á descansar.

—Pero, señor, ¿por qué hacernos ese desaire?—dijo la madre de Gabriela.

—Perdón, señora,—respondió el viajero, inclinándose ceremoniosamente.

Y se fué á sentar en una de las mesas pequeñas que se hallaba situada en el ángulo más lejano de la que ocupaban los novios y su comitiva.

Uno de los camareros puso en aquella mesa una taza de sopa, pan y una botella de agua; el pobre viajero comenzó á comer con avidez: tenía hambre, porque á la vista de aquel mísero alimento sus ojos se animaron.

La desposada le miraba con dolorosa atención, y aún con mayor su madre, y ante el aspecto de aquella desgracia probable y de aquella pobreza visible, toda la alegría de la comida nupcial se evaporó como ligero humo en una atmósfera pesada.

De repente la novia se levantó de la mesa, dió dos pasos, y exclamó:

—¡Daniel!

El viajero se volvió como asombrado y sobresaltado á la vez.

—¿Quién me llama?—preguntó.

—¿Ya no me conoces?—preguntó la desposada.

—¿Ya no te acuerdas de que hemos jugado siendo niños? ¿Ya no te acuerdas de aquel médico que te salvó la vida cuando estuviste á la muerte en Asturias? ¿Ya no te acuerdas de Gabriela?

Al oir estas palabras, la madre de la novia, el novio y algunas personas de la comitiva se habían acercado. Daniel se había puesto de pie, y miraba á la que le tenía asidas las manos, y le hablaba con acento tierno y conmovido.

—Sí, sí... me acuerdo ahora... como de un dulce sueño—dijo:—tú eres Gabriela... y esta señora es tu madre... la buena Isabel, que tanto me quería... y que me regañaba... ¿y tu padre, dónde está?...

—¡Murió!

—¡Dichosos los que mueren!—murmuró Daniel.

Y todo el fulgor sombrío de sus ojos, toda la contracción de sus facciones, se fundió en llanto amargo, pero que alivió su corazón.

Su naturaleza tierna y débil no podía sostener la tensión de la cólera y del dolor.

—Mi querido Daniel—dijo la madre de la novia,—mi hija te ha reconocido con la vista del corazón; yo te reconozco ahora también; sosiégate; no te pregunto la causa de tu pena: sólo quiero que vengas conmigo á mi casa... El casamiento de mi hija me deja sola, y tú estarás, si no con la opulencia á que estás acostumbrado, con tanta confianza como en tu propia morada.

—¡Vámonos ahora mismo, si es posible!...—dijo Daniel.

—En este instante; perdón, señores—añadió la viuda;—luego volveré aquí, ó iré á casa de Mister y Mistress Domery.

Daniel salió con la amiga fiel que en aquellos instantes de angustia suprema le había deparado la Providencia, que nunca abandona á sus hijos.

La comida siguió su curso; pero la fisonomía del grueso comerciante de la City pareció como obscurecida por una nube desde que su esposa había reconocido con tanta alegría, y hablado con tanta ternura, al misterioso extranjero.

—¿De qué conocías tú á ese hombre?—le preguntó así que pudo hacer un aparte, por el bullicio creciente de los convidados.

—Ya lo has oído al recordarle quién era, amigo mío—respondió sencillamente Gabriela:—desde que contábamos yo doce y él catorce años, no nos hemos visto; mi padre era el médico de la aldea cercana al castillo señorial de los Condes, y éstos le estimaban mucho por su modestia é inteligencia; mi padre era un hombre de mérito positivo, y todos lo sabían en el país; yo jugaba con Daniel desde pequeña; juntos íbamos á la orilla del mar á recoger conchitas; juntos á buscar nidos y á cortar flores; juntos crecimos, y como hermanos nos amábamos; cuando Daniel padeció una grave enfermedad, la ciencia de mi padre le salvó la vida; mi madre le veló, y yo le acompañé en su convalecencia y le distraje con mis cantos y mis juegos; luego mi padre dejó aquel pueblo por otro partido

más importante, nos marchamos de allí, y no le había vuelto á ver hasta ahora.

El honrado M. Domery creía de tal suerte en la pureza y veracidad de su mujer, que no puso en duda por un momento su lealtad.

—Si ese pobre caballero—dijo—está escaso de recursos, como parece demostrarlo su exterior, podrá admitir de mí cuanto necesite; tú se lo ofrecerás en nombre de los dos, Gabriela.

—Gracias, amigo mío, gracias,—exclamó la joven estrechando con efusión la mano de su marido.

—¿Por qué me das las gracias?—preguntó éste; —¿no es todo de los dos?

—Todo es tuyo, porque yo soy muy pobre.

—Ya todos mis bienes son comunes; si hubieras sido rica, no te hubiera querido tanto.

—¿Por qué?

—Porque el hombre ama á la mujer, en razón de la falta que hace á ésta su protección y ayuda.

—¿Luego las ricas no son nunca queridas? ¿Las mujeres opulentas deben renunciar al amor?

—A lo menos, al amor tierno, que protege y que es el que más halaga al hombre.

—¡Qué extrañas, pero qué nobles teorías!—murmuró Gabriela.

—¿Te parecen mal?

—No, pues que á ellas debo el que me hayas amado.

—Y deberás el que te ame siempre; los dos hemos andado tardos en el camino de la vida para

buscar la dicha; pero es que no nos habíamos hallado.

—Tienes razón—repuso Gabriela:—hay almas hermanas, parentescos que vienen del cielo y que no se pueden romper; los acontecimientos de la vida separan algunas veces á estas almas; pero donde quiera que se hallan, nada basta á retenerlas, y vuelan la una hacia la otra con violencia irresistible; son almas que Dios unió en el cielo y que nada puede desunir ni aquí abajo ni allá arriba.

—¡Mi querida Gabriela, tu lenguaje encantador llega á mi alma como una melodía celeste!—exclamó arrobado M. Domery.—Yo no había salido jamás de entre mis números y mis sacos de algodón; ¡qué delicia tener á mi lado para siempre á una criatura como tú, yo tosco comerciante, viejo ya y feo!

—Tu alma es hermosa, y es á tu alma á quien yo amo.

—Yo lo amo todo en tí, y te agradezco la dicha suprema que me das con tu posesión.

En tanto que este diálogo tenía lugar, Daniel, sentado en una mesa, escribía á su madre la siguiente carta:

«*Londres, Diciembre de* 187...

»Adorada é inolvidable madre mía: Cuatro horas hace he llegado á ésta de Nueva York, rendido de fatiga, de dolor y de desaliento, y puedo ya

tranquilizarte diciéndote que me hallo en casa de una persona amiga. ¿Te acuerdas de aquel joven médico de la aldea D... que se llamaba Manuel Díaz, y que me salvó la vida en una enfermedad que de niño padecí? ¿Te acuerdas de su mujer y de su hija, buena y pacífica la primera, linda y encantadora la segunda? Pues bien, mamá: estoy en casa de la viuda del buen Manuel Díaz; he caído como una sombra misteriosa y triste en medio de la comida de boda de su hija, y ésta me ha reconocido; su madre me ha llevado á su casa, una modesta vivienda solitaria y casi claustral, porque yo, madre mía, he vuelto de mi excursión desesperado, con más sed de venganza que me fuí, pero sin éxito alguno en mis pesquisas: nada he hallado, ¡nada! nada en todos los informes que he tomado en Inglaterra y en los Estados Unidos de América.

»¿Dónde se habrán ocultado estas dos mujeres infernales? ¿Dónde estarán? ¿Dónde estará mi hijo? ¡Ningún rastro he podido hallar de ellos!

»Y tú, mi buena madre, mi mejor amiga sobre la tierra, ¿estás buena? ¿lo están mis hijos? ¡mis hijos! ¡Casi aborrezco á esas criaturas, frutos de la más desdichada, de la más odiosa de todas las uniones! ¡Sí: todo lo que de cerca ó de lejos me recuerda á esa mujer aborrecible, quisiera que desapareciera de mi vista y de mi pensamiento! ¡Mis hijos! ¡Una ola amarga sube á mi corazón al pensar que tú, la mejor de las madres, estás sufriendo

por ellos, estás á su lado y no puedes volar al mío.

»Adiós, ¡mi cabeza arde! Hay en mí tan encontrada lucha de afectos; hay un combate tan rudo para la debilidad de mis fuerzas morales; hay tan horrible tempestad en mi alma, que espero á estar más tranquilo para escribirte más largamente.

DANIEL.»

VIII

Esta carta, recibida un año después de su precipitada salida de París, fué un rayo de luz para las densas tinieblas en que vivía la amorosa madre, la tierna abuela de la pequeña familia que ya conocemos.

Cristina había perdido en Roma á su abuelo paterno, y con la dama de compañía que había ido á la capital del orbe católico, se había vuelto á España y á Madrid.

En vano su abuelo le había instado para que se casara: la joven había contestado siempre lo mismo.

—No, padre mío: yo me casaría sin amor si lo hiciese, y soy demasiado digna para eso.

—A tu edad se puede amar de nuevo, —le decía el anciano.

—Para el alma no hay edad, abuelo mío.

—¡Y qué! —exclamaba indignado el Marqués